

# HEMEROSKOPEION=THYNNOSKOPEION. EL FINAL DE UN PROBLEMA HISTÓRICO MAL ENFOCADO\*

Francisco Javier Fernández Nieto  
Universidad de Valencia

## RESUMEN

El nombre de *hemeroskopeion* no designa a ninguna colonia o *emporion*, sino que correspondió a una atalaya situada sobre el castillo de Denia y utilizada por los griegos del ámbito de Massalia para practicar la pesca del atún mediante vigía (*thynnoskopeion*) y almadrabas. Se estudian también los aspectos técnicos de esta forma de pesca, los económicos (factoría de salazón en Denia, sal) y religiosos (consagración de la atalaya a Ártemis como divinidad que propicia la pesca).

## PALABRAS CLAVE

Península Ibérica, Colonización griega, Atalayas, Vigías, Pesca del atún.

## RÉSUMÉ

Le nom *hemeroskopeion* n'appartient pas à une colonie ni à un *emporion*, mais il est la dénomination de l'ancien poste de guet placé à Denia, sur la colline du château, et employé par les grecs massaliotes pour pratiquer la pêche du thon avec guetteurs (= *thynnoskopeion*) et madragues. La recherche s'occupe aussi des aspects techniques (guetteurs, madragues, pêche du thon), économiques (fabrique du salaison, sel) et religieux (consagración du poste de guet à Artemis à titre de divinité qui procure la pêche).

## PAROLES CLÉ

Péninsule Iberique, Colonisation grecque, Postes de guet, Guetteurs, Pêche du thon.

Enseña la experiencia en materia histórica y epigráfica que, con cierta frecuencia, muchas de las cuestiones que desde antiguo aparentan esconder una clave compleja e intrincada son tan sólo el resultado de un falso planteamiento, cada vez más lastrado por la acumulación de datos improcedentes e incluso plenamente absurdos; mientras que, cuando dichas cuestiones se abordan desde un punto de salida ordenado y sencillo, exento de prejuicios y de temerarias fantasías, basado además en una documentación previa sólida y oportuna, acaba por encontrarse una solución tan elemental y obvia que se hace muy difícil entender, mirando hacia atrás, el porqué de aquella prolongada obcecación. No poca responsabilidad en la instauración de este desacierto recae sobre quienes creen que se puede sentar patente de especialista en la historia griega de occidente únicamente inventariando y describiendo los elementos de la cultura material hallados en este sector del Mediterráneo, como si los conocimientos y lecturas sobre las formas de vida de los griegos en otras partes del mundo antiguo –luego tendremos ocasión de comprobar cómo el Mar Negro se revela *esencial* para fundamentar este nuestro descubrimiento en la

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto PB 95-0151, subvencionado por la DGICYT.

Península Ibérica— nada aprovecharse para entender las actividades de los helenos en el otro extremo del continente europeo. Grave error, que imposibilita el encauzar la investigación por el camino correcto y genera la mencionada paradoja de que cuanto más simple es una información, mayores dificultades surgen para entrever su exacta interpretación, dadas las múltiples (y gratuitas) excrecencias que incesantemente asfixian al esqueleto del relato.

Si a esto añadimos que cualquier novedad que haga tambalearse el anquilosado paradigma dominante sobre la imagen de la colonización griega de la Península Ibérica —paradigma obsoleto e inservible, que se nutre aún en la historiografía de García Bellido y de su escuela— suscita un cierre de filas entre sus adeptos, como no deja de suceder cuando los paradigmas inician el desmoronamiento, la realidad es que todo cuanto contribuye a demostrar su inconsistencia se toma como un pecado destructivo antes de pasar a ser cuidadosamente silenciado (actitud que en el caso de este artículo puede resultar enormemente entretenida). Como estoy persuadido de que todavía habrá quien se escandalice de que, una vez más, investigaciones irrespetuosas socaven las bases de sus firmes premisas sobre la helenidad peninsular, no será ocioso reproducir aquí lo que escribió el P. Hipólito Delehayé a propósito de su labor de crítica a las leyendas hagiográficas, pues legendarios son, sin duda, numerosos enfoques sobre la colonización griega occidental: “Certains lecteurs ont paru reprocher à notre exposé une tendance trop uniformément destructive... S’il y a dans ces pages le moindre effort de destruction, il se porte tout entier sur le préjugé aussi répandu que tenace, qu’en ces matières il existe un rapport étroit entre le sujet d’un récit et sa valeur historique. On exagérera difficilement

la portée dissolvante d’un pareil principe, qui n’est pas ouvertement professé, mais implicitement admis par des catégories très diverses de personnes. C’est en son nom que se sont accréditées trop d’histoires incompatibles avec le sérieux de la vraie piété; c’est en son nom aussi que nous entendons parler couramment de saints qui n’ont jamais existé... Apprendre à apprécier les documents authentiques, dire à quels signes on peut les distinguer de ceux qui ne le sont pas, c’est, si je ne me trompe, faire oeuvre éminemment constructive. A-t-on jamais reproché à Mabillon d’avoir, dans son *De re diplomatica*, posé des règles qui relèguent au rang des faux un grand nombre de parchemins, qu’avant lui on confondait couramment avec les diplômes authentiques? Il est difficile de bâtir dans une vieille cité sans y faire quelques démolitions”<sup>1</sup>.

Del mismo modo, estas páginas sólo pretenden deshacer el extendido y tenaz prejuicio de que en el dominio de la colonización griega occidental hay una inequívoca relación de igualdad entre documentación de términos (topónimos, teónimos, etc.) griegos y existencia inequívoca de fundaciones coloniales, principio implícitamente admitido por muy diversas categorías de personas sin necesidad de someterlo a examen. Y en nombre de este principio se han acreditado asimismo demasiadas historias incompatibles con la seriedad de la doctrina común sobre las instituciones griegas vigentes desde la edad arcaica hasta el helenismo, y en su nombre estamos oyendo hablar corrientemente de colonias y de operaciones comerciales que jamás han existido. Efectivamente, tampoco en este viejo territorio de la historia colonial cabrá realizar nuevas construcciones sin vernos obligados a practicar algunas demoliciones, por mucho que se laman sus heridas los conseje-

1 H. DELEHAYE, *Les légendes hagiographiques*<sup>3</sup> (Subsidia Hagiographica, 18 a), Bruselas, 1927, págs. X-XI.

ros y académicos demolidos y sus clientelas<sup>2</sup>.

Pero adentrémonos ya en los terrenos de nuestro trabajo, cuyo único objeto es contribuir a demostrar cómo se cumple la ecuación anunciada en el título. Resulta paradójico que la reflexión histórica no sepa en muchos casos distinguir las cosas evidentes y se refugie con frecuencia en dificultades y contradicciones, que suelen derivarse de la pobreza de los conocimientos precisos sobre un determinado problema y de la renuencia a seguir el camino más simple, que es casi siempre el más seguro y verdadero. La explicación más sencilla tiene mayor probabilidad de acierto.

Ya en anteriores publicaciones me había dedicado a argumentar que una serie de topónimos ligados a la presencia de griegos en Occidente, de la que forman parte Salauris, Lebedontia, Cipsela y Hemeroskopeion, no representaban, a mi entender, ningún tipo de asentamientos o colonias, sino que se trataba de nombres descriptivos de circunstancias navales y de accidentes topográficos relacionados con el mar y el comercio; y que tales denominaciones, por aparecer expresamente indicadas en los rudimentarios mapas de navegación y de registro de la configuración costera, se tomaron por verdaderas colonias<sup>3</sup>. De que no andaban mis conjeturas demasiado lejos del blanco dará prueba fehaciente el pre-

sente artículo; sin embargo, para el caso de Hemeroskopeion no fui capaz entonces de vislumbrar la solución exacta, probablemente por ser tan obvia. Efectivamente, dicho término griego posee el valor de atalaya u observatorio, lugar diurno de guardia y vigía, y partiendo de la base de que la transmisión manuscrita de los textos donde figura esta expresión para denominar un punto de la Península Ibérica no plantea problemas, la pregunta correcta que desde el principio deberíamos habernos formulado todos los investigadores, a contar desde el s. XIX, era la siguiente: “atalaya, ¿de quién?, ¿para qué?, ¿con qué fin?”. Y habiendo eliminado, por altamente inverosímil, la posibilidad de que nos encontrásemos ante un puesto de vigilancia para prevenir los ataques desde el mar (de enemigos, de piratas)<sup>4</sup>, no se hacía demasiado complicado reparar en el difundido y organizado sistema de aprovechamiento de puntos idóneos para la detección de los bancos migratorios de peces, lugares cuya nomenclatura contiene siempre, en solitario o formando un compuesto, el vocablo σκοπεῖον.

La verificación de esta hipótesis de trabajo se produce, como veremos, con fluidez y naturalidad dado el perfecto ensamblaje entre los diferentes datos. Como pretendemos aliviar al máximo al lector de las informaciones ya conocidas y comentadas sobre actividades

2 Con todo, no me llamaré a engaño sobre el interés que despierten estas nuevas construcciones. Relata con incomparable gracejo DELEHAYE (*l.c.*, pág. XIV) que habiendo remitido su trabajo sobre las leyendas hagiográficas a un amigo, éste le hizo saber que colocaría el libro en su biblioteca, pero que no lo leería. ¿Qué quiere usted que le diga? Me gustan las leyendas de santos y no voy a estropear el placer que encuentro en ello. Frente a esta psicología -que era la de más de uno de sus lectores, remataba el sabio jesuita- tampoco nosotros deseamos *troublers la joie* de quienes se deleitan soñando una Iberia ocupada por numerosos colonos independientes que vivieron una maravillosa “grecidad”, a salvo de contaminaciones semitas.

3 *Vid.*, por ejemplo, F. J. FERNÁNDEZ NIETO, “Griegos y colonización griega en la Península Ibérica”, en F. Chaves Tristán (ed.), *Griegos en Occidente*, Sevilla, 1992, pág. 138.

4 No es ahora el momento de extendernos sobre esta cuestión, que se halla muy bien estudiada en relación a otras zonas del mundo griego, pero sí conviene señalar que la instalación de dispositivos de vigilancia de las costas requiere que se den, al menos, dos condiciones (habitación y ocupación de un territorio en el que se obtienen los recursos de la población; existencia en los mares de una amenaza real) que no concurren en el presente caso. Por lo demás, el único esfuerzo meritorio hecho para trascender la explicación que subyacía detrás del término ha sido, justo es reconocerlo, el de G. MARTÍN, *La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion: estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea* (Papeles del Laboratorio de arqueología de Valencia, 3), Valencia, 1968, pp. 57-63.

pesqueras de los antiguos en relación al atún, que han sido objeto de varias publicaciones<sup>5</sup>, hemos de estructurar nuestra contribución del siguiente modo. Ante todo, reuniremos críticamente los principales testimonios conservados en los autores y en la epigrafía que sirven para perfilar el tema de los observatorios de atunes o *thynnoscopeia*. Interpretaremos luego estos y otros datos para tratar de reconstruir los rasgos propios de la técnica del puesto de vigía, y en tercer lugar justificaremos las razones que abonan la conclusión de que Hemeroscopeion fue, con absoluta seguridad, una atalaya preparada para la captura del atún. Enumeraré, por último, los múltiples resultados que cabe extraer de mi interpretación, incluso en el campo de la religión, para un mejor conocimiento de las culturas colonial (fenicio/púnica y griega) e indígena.

Que los fenicios, griegos y otros pueblos asentados en el Mediterráneo occidental (sículos, etruscos, ligures, celtas, iberos) pescaban ciertas especies migratorias (atunes, caballas, melva, bonitos) es un aspecto suficientemente divulgado, en particular en su vertiente relativa a la preparación de conservas de pescado y a la catalogación de los restos materiales de las antiguas factorías —a las que damos asimismo el nombre de almadras— en donde se realizaba la elaboración de salazones y salsas; no voy por tanto a insistir en que esta lucrativa actividad económica se certifica sin interrupción en muchísimas

regiones del Mediterráneo, incluyendo, naturalmente, la Península Ibérica<sup>6</sup>. Ahora bien, sucede que todo lo relativo a las técnicas de captura de los cardúmenes durante los siglos VI al II a. C. no ha recibido un tratamiento concreto ni tampoco se ha examinado —y esto es lo que ahora verdaderamente nos concierne— cómo estuvieron dispuestos los mecanismos de localización de los bancos, pues constituye el apartado principal de nuestra investigación. Procedamos pues a reunir los testimonios más extensos e ilustrativos, a reserva de algunos otros más breves que iremos aportando más tarde; para mayor comodidad facilito las traducciones de los mismos.

I. AEL., NA XV 5: “Imagine el lector las ciudades de Heraclea, Tío y Amastris, ribereñas del Ponto Euxino. Pues bien, las gentes que habitan toda esta región conocen a la perfección la fecha de la llegada de los atunes y, efectivamente, éstos llegan en el momento del año que saben esas gentes, y para entonces están preparados para atacarlos muchos instrumentos: naves, redes y una *alta atalaya*. Pues bien, esta atalaya, fijada en un lugar elevado de la costa, se levanta en un calvero que permite una buena visión en derredor por estar totalmente libre de obstáculos.

Para mí no es trabajo explicar minuciosamente su construcción, y a ti te va a ocurrir

5 El trabajo más completo sobre el particular sigue siendo el de P. ROHDE, “Thynnorum captura quanti fuerit apud veteres momenti”, *Jahrbücher für classische Philologie*, Suppl. Bd. XVIII, Leipzig, 1892, págs. 26-51; O. KELLER, *Die antike Tierwelt*, II, Leipzig, 1913, págs. 382-393; A. STEIER, RE VI A 1, cols. 727-730, s.v. Thynnos; D. BOHLEN, *Die Bedeutung der Fischerei für die antike Wirtschaft (Ein Beitrag zur Geschichte der antiken Fischerei)*, Diss. Hamburg, 1937, págs. 16-62; J. DUMONT, “La pêche du thon à Byzance à l’époque hellénistique”, *REA*, 78-79 (1976-1977) 96-119. R.I. CURTIS, *Garum and salsamenta. Production and Commerce in Materia Medica* (Studies in Ancient Medicine, Vol. 3), Leiden, 1991.

6 Por citar sólo los últimos trabajos, en donde se hallará toda la bibliografía anterior, *vid.* G. DE FRUTOS REYES y A. MUÑOZ VICENTE, “La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: balance de la investigación. Nuevas perspectivas”, *SPAL*, 5 (1996) 145-152; E. GARCÍA VARGAS, “Pesca, sal y salazones en las ciudades fenicio-púnicas del sur de Iberia”, en B. Costa y J. H. Hernández (eds.), *De la mar y de la tierra. Producciones y productos fenicio-púnicos. XV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2000)* [Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa y Formentera], Ibiza, 2001, págs. 9-66; L. LAGÓSTENA BARRIOS, *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana (II a. C.-VI d. C.)* (Instrumenta, 11), Barcelona, 2001.

quedarte anonadado al oír una narración que va a deleitarte cuando la oigas. Se fijan en el suelo dos altos troncos de abeto unidos entre sí con anchos tablones, que están pegados unos a otros de forma compacta y que son excelentes para que el vigía suba y se plante allá arriba.

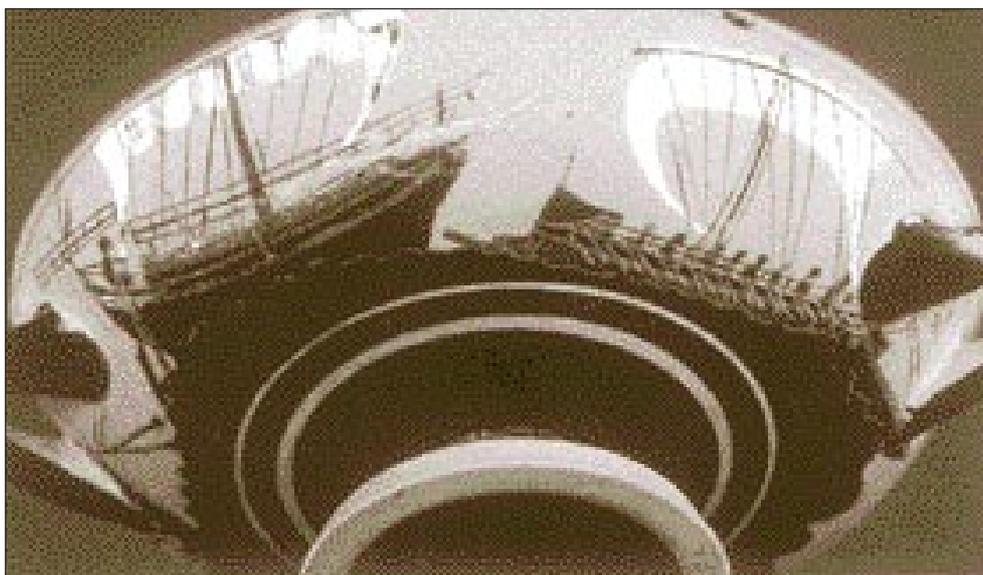
Las barcas tienen cada una a cada costado seis remeros jóvenes, que reman con gran vigor. Las redes son muy largas, no demasiado fofas ni retenidas por los corchos, sino más bien lastradas con plomo. Y resulta que las bandadas de estos peces nadan compactas al interior de este mar. Cuando empieza a relucir la primavera y los vientos traen ya brisas suaves y la atmósfera ambiente está radiante y como sonriente y las olas se hallan paralizadas y el mar tranquilo, el vigía, al ver a los atunes gracias a una habilidad inexplicable y a una condición de su vista que le hace ver con la mayor agudeza, dice a los pescadores de qué parte vienen, y también les hace saber si deben extender las redes hacia la costa. Y si deben extenderlas más adentro da, como un general, el santo y seña, o, como un corifeo, el tono. ¡Y ya podrá decir montones de veces la cifra exacta de cada bandada de atunes que llega, que no se equivocará ni una sola vez en el número! Y los siguientes hechos, ¡qué maravilla! Cuando el tropel de atunes se lanza a mar abierto, el que está al cuidado de la vigilancia y que tiene un conocimiento preciso de los citados peces, lanzando gritos agudos, les dice que los persigan allá y que remen derecho al mar abierto. Y los pescadores atando a uno de los dos troncos de abeto que sostienen al vigía una soga muy larga prendida a las redes, reman en las barcas que van en fila unas detrás de otras y pegando entre sí, porque, como es de comprender, la red se reparte también entre todas y cada una de ellas. La

barca que va la primera suelta su porción de red y se retira; luego hace la misma operación la segunda y la tercera, y es ahora cuando la cuarta debe soltar su porción, mientras los que mueven a remo la quinta esperan todavía y los que van detrás de ésta no tienen que soltar aún su porción. A continuación reman alternativamente unos detrás de otros, llevan su porción de red y, tras esta operación, se quedan quietos. Y claro está, los atunes, como son retraídos e incapaces de llevar a cabo un rápido golpe de audacia, se quedan quietos y sin rebullir al verse acorralados. Y los remeros capturan, como si se tratara de una ciudad tomada, como diría el poeta, la población de los peces.... Conocen de referencias estas prácticas tanto los ciudadanos de Eretria como los de Naxos, ya que, en relación con el mentado sistema de pesca para los atunes, entendieron cuanto dicen Heródoto<sup>7</sup> y demás autores<sup>8</sup>.

2. AEL., NA XV 6: “Una vez capturados los atunes de acuerdo con el sistema de pesca practicado en el Ponto (y yo aseguraría que se practica también en Sicilia, pues ¿qué objetivos, si no, se habría planteado Sofrón cuando escribió su deliciosa obra *Método para la pesca de atunes*? Por otro lado, no faltan en absoluto tampoco en otros lugares capturas de los referidos atunes), pues bien, una vez que ya están cogidos ellos en la red, es el momento exacto en que todos los pescadores rezan a Posidón en su acepción de dios *abuyentador de males*. Y considero adecuado indicar de dónde le viene al dios este título, porque me he preguntado a mí mismo muchas veces qué es lo que pretendían cuando le aplicaron este nombre. Piden al hermano de Zeus, señor del mar, que no haya entrado en la red, mezclado entre la bandada de atunes, ni el pez espada ni

<sup>7</sup> HDT. I 62, y véase el comentario a este texto más adelante.

<sup>8</sup> Traducción de J. VARA DONADO (Claudio Eliano, *Historia de los animales* [Akal/Clásica, 18] Madrid, 1989, págs. 563-565).



Copa ática de figuras negras con barco mercante siendo asaltado por otro pirata.  
(ca. 510 a.C.). British Museum. Londres

mucho menos un delfín. Y es que el pez espada con genio perfora muy a menudo la red y trae como resultado que la bandada de atunes escape libre. También el delfín es una criatura que acomete a la red, ya que es, claro está, tremendo para roerlas de parte a parte” (trad. Vara).

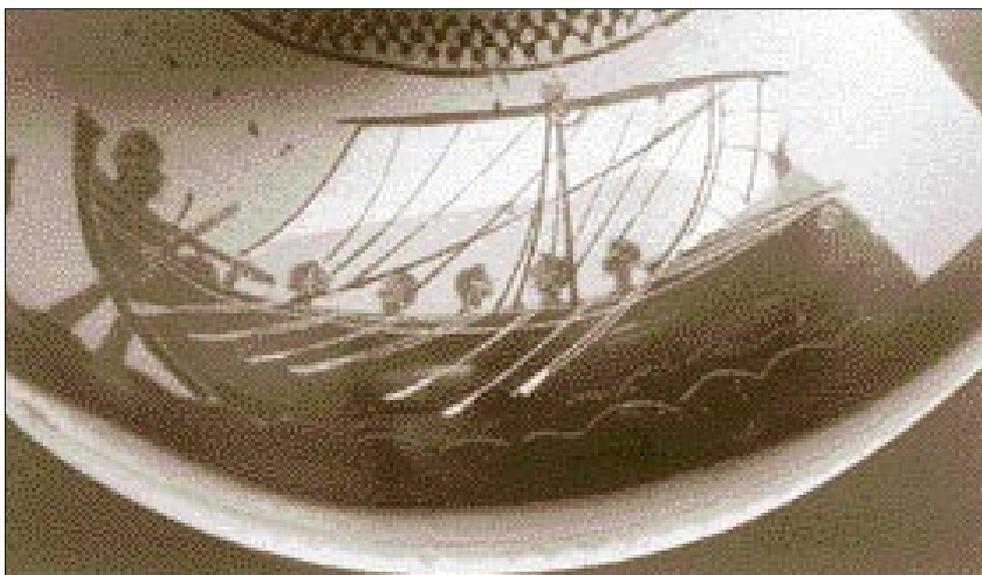
3. AEL., *NA XIII* 16: “Los itálos y los sículos gustan de denominar a la pesca de los atunes *pesca mayor*, y los lugares donde es costumbre que sean almacenadas las redes grandes y los restantes utensilios de pesca se llaman, claro está, almacenes para aparejos de pesca mayor. Y lo hacen porque quieren incluir para el futuro el tamaño del atún en el número de los peces mayores.

Ha llegado a mis oídos que los celtas, los masaliotas y todo el pueblo ligur capturan a los atunes con anzuelos. En ese caso, esos anzuelos tienen que estar hechos de hierro, y tienen que ser grandísimos y gruesos de aspecto” (trad. Vara).

4. PHILOSTR., *Im.* I 13, 7-10 (390-391 K.): “Los atunes llegan periódicamente al mar exterior saliendo desde el Ponto, que es donde nacen y se alimentan de peces, de posos y de otras sabrosas materias que conducen hasta él el Istro y el Meótides, por obra de los cuales el Ponto es más dulce y agradable al paladar que cualquier otro mar. Nadan como si fuesen un cuerpo de infantería, formando columnas de a ocho o de a dieciséis, o de dos veces esta cifra<sup>9</sup>, y levantan una serie de olas, nadando los unos sobre los otros, de tal modo que el largo del banco tiene la misma dimensión que el ancho.

Y hay incontables formas de pescarlos: puede usarse un arpón para ensartarlos, derramar venenos sobre ellos, o basta una red pequeña para quien se conforma con una reducida porción del banco. Pero el mejor sistema para capturarlos es el siguiente: un vigía observa desde un alto árbol, alguien que contabilice con rapidez y con la vista aguda. Pues tiene que hincar los ojos en el mar y alcanzar la mayor

<sup>9</sup> Es decir, columnas de a treinta y dos.



Cerámica ática de figuras negras, con un barco mercate.  
(ca. 510 a.C.). Museo Westreenianum de La Haya

distancia posible; y cuando vea irrumpir a los peces debe dar inmensos gritos a quienes se hallan en las barcas y comunicarles el número de peces, diciendo cuántos miles van. Y los pescadores, interceptando su marcha con una red muy extensa que los encierra, logran una magnífica pesca, que fácilmente puede llegar a enriquecer al patrón de la caza.

Ahora observa el cuadro y verás cómo lo realizan. El vigía mira hacia el mar, girando los ojos en todas direcciones para calcular el número. Entre el brillo azulado del mar verás los colores de los peces: los que están encima parecen negros, los que vienen luego son menos oscuros, y los que se hallan debajo de éstos engañan ya la vista; al principio presumes que son oscuros, después que tienen el color del agua. Pues cuando ha penetrado en el agua, para examinar con detalle cuanto hay dentro de ella, la vista se debilita.

El conjunto de los pescadores es encantador; tienen la piel morena por el abrasamiento del sol. Uno de ellos sujeta el remo al tolete,

otro está remando con el brazo completamente abultado, otro anima a su vecino, y otro golpea a un compañero que no está remando. El griterío de los pescadores alerta de que los peces ya han caído en la red: unos ya han sido capturados, a otros los están cogiendo. Y como están perplejos ante la gran cantidad de peces, no sólo entreabren la red, sino que permiten que algunos se evadan y salgan fuera: tan orgullosos se sienten de su pesca”<sup>10</sup>.

5. OPP., *H.* III 620-648: “La especie de los atunes procede del ancho Océano, y ellos viajan a las regiones de Nuestro Mar<sup>11</sup> cuando están excitados después del frenesí del apareamiento en primavera.

Primero, dentro del mar Ibérico, los capturan los iberos, que están orgullosos de su fuerza; después, cerca de la desembocadura del Ródano, los pescan los celtas y los antiguos habitantes de Focea. Y en tercer lugar aquellos que moran en la isla Trinacria y cerca de las olas del mar Tirreno. Desde allí, en las

<sup>10</sup> Traducción del autor de este artículo.

inmensas profundidades, se esparcen por diversos caminos y recorren todo el mar.

Abundante y prodigioso botín obtienen los pescadores cuando la hueste de los atunes avanza en primavera. Lo primero de todo, los pescadores marcan un sitio en el mar, no demasiado angosto, al pie de riberas abruptas dotadas de una cubierta, ni demasiado expuesto a los vientos, sino que tenga la debida proporción de cielo abierto y de abrigados refugios.

Entonces, en primer lugar sube a lo alto de un escarpado collado un experimentado vigía de atunes, el cual hace conjeturas acerca de los variados cardúmenes que se aproximan y de su clase y número, e informa a sus compañeros. Inmediatamente se despliegan todas las redes a modo de ciudad entre las olas, pues la red tiene sus porteros, tiene puertas y receptáculos bastante profundos.

Rápidamente los atunes avanzan en filas, como falanges de hombres que marchan por tribus, unos más jóvenes, otros más viejos, otros de mediana edad: infinitos fluyen dentro de las mallas, mientras deseen hacerlo y la red admita a los congregados. Y rica y excelente es la pesca”<sup>12</sup>.

¿Cuál fue el reflejo real de estas actividades marítimas en la documentación epigráfica? Afortunadamente, contamos con cuatro interesantes inscripciones, magistralmente analizadas por L. Robert hace ya más de

medio siglo y en las que nadie interesado por la economía de la colonización parece haber reparado, que nos permiten conocer gran parte de los detalles relativos a la pesca del atún en almadrabas valiéndose de los observatorios terrestres<sup>13</sup>. Uno de los epígrafes es de la isla de Cos; los tres restantes proceden de dos poblaciones ribereñas del Mar Negro (Cízico y Pario), ambas con una larga tradición en la pesca de la especie del atún. El texto de Cos no es sino un reglamento sagrado destinado a regular qué personas dentro de la comunidad se hallaban obligadas anualmente a costear sacrificios ofrecidos a las divinidades poliadas (magistrados, arrendatarios de impuestos, de servicios y de trabajos públicos, artesanos)<sup>14</sup>. Dicho reglamento fija, entre otros supuestos, que aquella obligación incumbía: 1) A quienes hubiesen comprado el derecho a utilizar la atalaya pública (l. 10: σκοπά δαμοσία). 2) A quienes hubieran tomado en arriendo la otra atalaya (pública), ὁ τὰν ἄλλαν μισθωσάμενος σκοπᾶν (l. 11), observatorio que estaba situado en el lugar denominado Nautileo<sup>15</sup>. 3) A cuantos hubiesen puesto en alquiler cualquier atalaya (privada) y a cuantos se hubiesen adjudicado el alquiler de alguna de las atalayas de propiedad particular (l. 18 s.: ὅσοι κα σκοπας μισθοποιήσονται ἢ ἔχουσι ιδιωτικὰν μεμισθωμένοι). No caben dudas acerca del hecho de que todos estos puestos de observación tenían como misión la pesca del atún, es decir, debe-

11 La expresión de Opiano ἡμετέρη ἄλς traduce la latina *Mare Nostrum*, es decir, el Mediterráneo.

12 Excepto algunos cambios que he introducido, reproduzco en líneas generales la traducción de C. CALVO DELCÁN (Opiano, *De la caza \*De la pesca* [Biblioteca Clásica Gredos, 134], Madrid, 1990, págs. 270-272), que sigue muy fielmente la versión inglesa –y a menudo las notas– de A. W. MAIR, *Oppian, Colluthus, Tryphiodorus* (The Loeb Classical Library, 219), Londres, 1928.

13 L. ROBERT, *Hellenica. Recueil d'épigraphie, de numismatique et d'antiquités grecques*, IX, París, 1950, págs. 80-97.

14 Syll<sup>3</sup>. 1000; Sokolowski, LSCG 168.

15 Sobre este término y su interpretación como topónimo, que propugnó J. TOEPFFER, “Koisches Sakralgesetz”, *Ath. Mitt.*, 16 (1891) 411-432 (=J. TOEPFFER, *Beiträge zur griechischen Altertumswissenschaft*, Berlín, 1897, págs. 204-223), véase ROBERT, *Hellenica*...IX, pág. 96, n. 2. Sin embargo, la idea de Bechtel (SGDI 3632) de considerar la voz como apelativo común (a escribir con minúscula) de un lugar en el que se explotaban los moluscos llamados ναυτίλοι predomina entre los editores del texto citados en nota anterior. Bechtel podría estar en lo cierto, pero su explicación no se opone a que la palabra se hubiese convertido ya en un simple topónimo.



Tumba de la caza y de la pesca. Tarquininia, necrópolis de Monterozzi (aproximadamente del 510 a.C.);  
(en Steingrüber, ed., *Etruskische Wandmalerei*, Stuttgart, 1985, nº 50)

mos entender la expresión σκοπά como un sinónimo de θυννοσκοπεῖον<sup>16</sup>.

La inscripción de Cízico pertenece a época helenística y podría ser, a grandes rasgos, coetánea de la anterior. Se trata de una estela dedicada como testimonio de gratitud a Poseidón y Afrodita Pontia por una sociedad de arrendatarios de los derechos de pesca en cierto lugar de la costa del territorio de Cízico; el grupo se compone de dieciséis socios, uno de los cuales, Agatarco, intervenía en calidad de tomador legal del arrendamiento (ἀρχώνης). Lo que aquí nos importa es que el contrato concedía el derecho a ocupar un determinado observatorio o atalaya (σκοπιᾶ) para detectar la llegada del atún hasta aquellas costas. Dicho observatorio figuraba en un emplazamiento conocido por los lugareños, cuyo nombre propio constaba en el epígrafe, aunque su lectura exacta no resulta ya posible (*O...ro*, o bien *Th...ro*), y del que indiscutiblemente se sabía por secular experiencia que reunía adecuadas condiciones para obtener buenos rendimientos pesqueros.

Las dos inscripciones de Pario pertenecen, en cambio, a época romana y son posteriores a la fundación por César de la colonia *Iulia Pariana*. La más fragmentaria conserva también memoria de una asociación de pescadores<sup>17</sup>, alguno de cuyos miembros ejerció la función de vigía desde un lugar elevado (σκοπιᾶζειν), al que se daba el nombre de Φρου- (la palabra está incompleta); a juzgar por los otros paralelos, parece evidente que el interés de estas personas se orientaba a la captura de las especies migratorias (esencialmente el atún).

Sin embargo, existe un segundo epígrafe de Pario que se conserva íntegro y que antes de la investigación de Robert había sido erróneamente atribuido a *Kallípolis* (Gallipoli), el cual nos suministra el testimonio más completo y definitivo acerca de esta técnica de pesca y de cuantos especialistas colaboran en su puesta en práctica<sup>18</sup>. Como en el caso de Cízico, podemos documentar en Pario la presencia de una sociedad de pescadores que habían arrendado los derechos de captura de

<sup>16</sup> Como argumentó TOEPFFER, *l.c.*

<sup>17</sup> CIG II (*add.*) 3654 b; ROBERT, *Hellenica...IX*, págs. 89-91.

<sup>18</sup> Figura en Michel 1225 y en IGR I 817, pero las correcciones introducidas por ROBERT, *Hellenica...IX*, págs. 81 ss., mejoran extraordinariamente este texto, en el que ciertos estudiosos pretendieron ver una asociación religiosa para el culto de Isis, en cuyo honor se celebraría, como fiesta de iniciación, una pesca simulada. La estela contiene una representación de Príapo, a quien la asociación de pescadores debió dedicársela como ofrenda.



Cizico, hekte EL c. 500-475 a.C. Von Fritze 93 (en *Classical Numismatic Group*)

los peces migradores (atún y caballa) en el lugar llamado Nileo (Νειλαῖος, l. 3). La sociedad estaba constituida por una serie de individuos que participaban a la vez en el arrendamiento del lugar y en las acciones de pesca, y para cumplir el objetivo económico previsto asumían diferentes funciones laborales especializadas. Cinco de ellos se ocupaban de dirigir (y/o efectuar) las complejas maniobras de despliegue de las redes (l. 4: δικτυαρχεῖν) para establecer el cerco de la almadraba y encerrar a los bancos de atunes: son precisamente las operaciones que hemos visto descritas en el pasaje más extenso de Eliano (AEL., NA XV, 5); la cifra de cinco jefes de red debe significar, si recordamos cuanto explica nuestro autor sobre las seis barcas que se suceden en el momento de extender ordenadamente las largas mallas, que esta agrupación de pescadores pondría en servicio, al menos, cinco embarcaciones para explotar aquella pesquería. Otro grupo de cinco pescadores se encar-

gaba de dirigir las barcas (ll. 12 s.: λεμβαρχειν), y su labor consistiría en marcar el sentido de la marcha y dictar las evoluciones correctas de los remeros para establecer las bolsas. Había también dos personas que actuaban como timoneles o pilotos (ll. 8 s.: κυβερνᾶν) –tal vez guiando la primera y la última embarcación que tienden la red, o las dos encargadas de llevar ambos cabos terminales a la playa (*vid. infra*)– y otros dos especialistas que ejercían las funciones de vigía (l. 7: σκοπιᾶζειν), junto con un tercer asociado que recibía el nombre de ἐφημερεύων (ll. 10 s.) y que llevaba a cabo, sin ningún género de duda, una labor análoga<sup>19</sup>. Estimo conveniente llamar la atención hacia este tecnicismo, formado sobre la misma raíz que el primer elemento de la voz ἡμεροσκοπεῖον y que constituye un claro indicio para interpretar que este último apelativo fue una de las formas de designar el lugar elegido para la operación de detección de los bancos de peces,

19 Más adelante explicaré en qué se diferencian, según mi opinión, la misión ejercida por los σκοπιᾶζοντες y la que realiza el ἐφημερεύων.

20 Según Eliano (AEL., NA XV, 5), las barcas llevaban a cada costado seis remeros jóvenes. Eso significaría que en esta sociedad pudieron cooperar, como mínimo, 60 remeros (doce por cinco barcas), tal vez 84 si contamos con dos barcas que trabajan tendiendo una red concéntrica (almadraba de cinta o sedal).

pues alude a la actividad que desde el σκοπεῖον llevaba a cabo durante la jornada diaria el vigía o ἐφημερεύων. *Hemeroskopeion* no es sino la atalaya para ἐφημερεύειν. También existía, por último, un experto en mantener proporcionada en las redes la cadena de corchos (l. 10: φελλοχαλαστῆιν) con el contrapeso de los plomos: su concurso debía ser necesario para cumplir con la exigencia recogida por Eliano (AEL., NA XV, 5) de que las redes no estén ni demasiado fofas ni retenidas por los corchos, sino que deben hallarse exactamente cargadas con el lastre.

Todos estos asociados figuran designados en la inscripción con su nombre y patronímico, ya que desempeñaban las labores más delicadas, las cuales requerían incuestionablemente una experiencia y conocimientos que no acumulaba cualquier pescador. Pero además de este grupo, en las sesiones de pesca y en los beneficios participaba un número indeterminado de simples pescadores/tripulantes, a los que la estela denomina συναῦται (l. 16) y que desempeñarían tanto la tarea de remeros como la de mano de obra destinada a enganchar (golpear) y sacar los ejemplares cogidos en la trampa<sup>20</sup>. Conviene añadir, para completar la nómina de los participantes en las atunaras, que la inscripción de Cízico menciona asimismo a unos enigmáticos ἐπαγωγοί (l. 16). Con razón ha escrito Robert que difícilmente cabría atribuir a este término un sentido jurídico, puesto que para los aspectos administrativos estas sociedades de pescadores contaban tan sólo con el apoderado que los representa en el contrato de arrendamiento (estela de Cízico, l. 2; estela larga de Pario [Robert, p. 81], l. 3: ἀρχώνης) y un secretario/archivero (estela de Cízico, l. 3: ὁ ἐπὶ τοῦ χρηματισμοῦ), siendo así que los dos *epagogoi* aparecen inscritos en último lugar, inmediatamente después de los nombres de los asociados. Supone entonces

Robert que esta palabra podría designar a alguna categoría de pescadores y propone, a título de conjetura, que quizá se tratase de aquellos que “atraían” el pescado a las redes<sup>21</sup>. La hipótesis es bastante enjundiosa, pues podría en efecto referirse a la tarea de quienes esperan en las barcas que tienden las redes exteriores en las almadrabas de cinta o sedal (si es que las hubo en Grecia: *vid. infra*) para introducir a los atunes rezagados o escapados del banco interior. Pero tampoco deberíamos descartar, a mi juicio, otras dos opciones: 1) Que el objeto que atrajesen o llevasen consigo estos dos pescadores fuese una cuerda o sogá (ἐπάγων es en griego la garrucha o polea). Recuérdese la operación descrita por Eliano (AEL., NA XV, 5), según la cual una de las técnicas de pesca del atún (cuando se extienden las redes hacia la costa) consiste en atar una sogá muy larga (σχοῖνον μακρὰ εὔ μάλα), que está ligada a la red, en el punto donde se alza la atalaya del vigía, mientras que la maroma situada en el extremo opuesto de las redes ha de ser conducida de nuevo hasta la costa para atrapar, envolviéndolo, al cardumen; o bien se trata de los dos cabos terminales del aparejo de copo que se lleva hasta la playa en la tradicional almadraba de vista o tiro (*vid. infra*). Los dos *epagogoi* podrían haber sido, por tanto, los encargados de arrastrar ambos cabos de la sogá. 2) Ahora bien, sabemos por Filóstrato (PHILOSTR., *Im.* I 13, 9) que si la almadraba estaba demasiado llena de atunes sobrevenía el riesgo de que el dispositivo sufriese desgarros y acabara por perderse la presa. De ahí que procedieran a entreabrir las redes por algún punto (παρανοίγουσι τοῦ δικτύου), dejando caer fuera y huir (διεκπεσεῖν, διαφυγεῖν) a varios ejemplares. ¿Realizarían este papel los *epagogoi*, es decir, vigilar la resistencia de las redes y “atraer” hacia afuera al excedente de peces –y eventualmente a los delfines y ejemplares de pez espada que

21 ROBERT, *Hellenica...* IX, pág. 97, así como *Hellenica...*, X, París, 1955, pág. 272.

hubiesen entrado mezclados con la bandada de atunes<sup>22</sup>—?

Vista la serie de textos y documentos epigráficos, es posible ya proceder a una sistematización de la pesca “scopiástica” (“hemeroscopiástica”) del atún. Desde tiempo inmemorial, sin duda ya antes del I milenio a. C., era conocida la migración anual de los atunes, que entran en primavera por el Estrecho de Gibraltar y costeano la Península, el sur de Galia, la Liguria, la ribera occidental y meridional de Italia, Sicilia, la Grecia continental e insular, se adentran en el Mar Negro para reproducirse (migración gamética o genética)<sup>23</sup>; después, a partir de junio, abandonan el Mar Negro e inician el viaje de regreso, denominado migración postgamética o metagenética, que vuelve a aprovecharse para capturarlos (almadrabas de venida en primavera, almadrabas de retorno desde junio). Ejemplares de esta especie podían ser pescados con artes de anzuelo, e incluso ocasionalmente caer en pequeñas redes; pero su costumbre de desplazarse componiendo grandes formaciones y bandadas debió suponer un incentivo para idear algún método de captura masiva, y éste no fue otro sino la pesca con vigía. Más o menos pronto se caería en la cuenta de que, en las fechas previstas (marzo a octubre), los bancos pueden ser localizados gracias a algunos detalles que se aprecian en la superficie del mar (cambios de coloración, aparición de ligeros oleajes espumosos)<sup>24</sup>, y el movimiento de tales pistas permitía conocer la

dirección de avance del banco y preparar, con la mayor rapidez posible, un obstáculo de redes capaz primero de frenarlo y de impedir, a continuación, que escapase. Evidentemente, la actuación del vigía resultaba fundamental para conseguir la máxima eficacia, pues de su exactitud dependía el éxito del intento.

El método más antiguo fue seguramente el que refleja Filóstrato (PHILOSTR., *Im.* I 13, 8): una vez establecidas las barcas en un lugar cercano a la costa, no demasiado profundo, por donde se sabe que cruzan los atunes, se colocaba un vigía sobre un alto tronco o madero (ἀφ’ ὑψηλοῦ ξύλου). También Varrón (VARRO, *Men.* 209) testimonia que los pescadores suelen, *cum videre volunt in mari thunnos, escendere in malum alte*. Podría pensarse que tal expresión admite una interpretación en el sentido de que el σκοπιωρος trepaba a lo alto del mástil del navío si no fuese porque las barcas de remos para la pesca atunera pertenecían a los tipos más simples y eran embarcaciones que sólo ocasionalmente se dotaban de velas fijadas a pequeñas pértigas; pero es que además tenemos la fortuna de que el sistema se conservó vivo en la cultura griega hasta casi nuestros días y ha sido recogido por un estudioso de las tradiciones de la pesca: “Au mois de mai plus de 20 bateaux de Spetzia, quelques-uns de Skiathos, se livrent à la pêche des thons. Quand l’arrivée des thons dans les parages de ces îles est annoncée, les pêcheurs font leurs préparatifs de campagne. Tous les bateaux... se placent à

22 *Vid.* al respecto el texto de Eliano (AEL., *NA* XV, 6) en donde relata cómo el delfín y el pez espada abrían brecha en las redes y provocaban el desagradable resultado de que la bandada de atunes escapase.

23 ARIST., *HA* VIII 598 a; PLIN., *nat.* 9, 47-49; AEL., *NA* IX 42; SOL. 12, 13.

24 El indicio sobre el reconocimiento de la mancha de atunes cuando avanza está muy bien descrito en el texto de Filóstrato que hemos traducido. Esta misma pista, junto a la del oleaje, figura expresamente en una de las cartas de Alcifrón (ALCIPHR. I 20): cierto vigía de Lesbos que se encontraba de guardia apreció que un tramo del mar estaba oscuro y que se producían fluctuaciones y borbollones, por lo que gritó la alerta como si entrase una bandada de atunes; pero luego resultó que no era más que el cadáver de un camello hirviendo de gusanos (*cf.* sobre la anécdota AESOP. 13 Perry). Muy instructivos y coincidentes son los datos que transmite. M. OLIVER NARBONA, *Las almadrabas de la costa alicantina*, Alicante, 1982, págs. 33 s.: “El paso del atún por el mar se distingue claramente porque nada superficialmente y tanto por el color de sus lomos en el agua (azul morado, llamado entremar), como por el movimiento del agua a causa de sus aletas dorsales (lo que se llama repío), se advierte desde lejos su presencia”.

l'entrée du golfe d'Argolide, que les poissons traversent toujours pour pénétrer dans l'intérieur de ce golfe; les pêcheurs approchent de la côte, y jettent l'une des extrémités du filet, et, en avançant vers le large, ils y jettent le reste. Cela fait, **ils enfoncent dans l'eau une poutre et y laissent un gardien**. Le bateau revient à terre en décrivant une courbe et traînant après lui une corde, avec laquelle, en tirant l'extrémité placée du côté de la mer, ils font décrire au filet une ligne circulaire. Aussitôt que le gardien annonce, par des signaux, à ses camarades qu'un nombre assez considérable de thons se trouve à leur portée, ceux-ci tirent de la terre le filet où ils englobent les poissons<sup>25</sup>. Nada impide, desde luego, que el tronco fuese un árbol vivo crecido al borde mismo del mar o una viga plantada en la propia playa, pero parece muy verosímil que este *malus* /ξύλος a que hacen referencia Varrón y Filóstrato era ese mismo madero que siglos más tarde seguían los pescadores clavando en el fondo del mar, para buscar una posición favorable en la detección anticipada de los bancos próximos. No obstante, este sistema ofrece el inconveniente de quedar restringido a lugares de tránsito de los atunes que posean no demasiada profundidad y buenas condiciones para cerrar con gran rapidez el circuito de la almadraba, pues el tiempo que transcurre entre el aviso del vigilante y la llegada del banco es corto. Por el contrario, cuanto más arriba se halle situado el punto de observación se obtiene mayor distancia de visión, y al reconocer enseguida los rastros que deja el cardumen se concede bastante más tiempo a los jefes de redes entre la transmisión de la alerta y la ejecución completa de la trampa.

Dejemos constancia aquí, como un breve y necesario inciso, que las artes que componía

la trampa formaban lo que se llama una “almadraba de vista y tiro”, es decir, aquella en que una barca (o un punto fijo en la costa) mantiene uno de los cabos terminales de la red mientras que las demás embarcaciones, después de haber descrito un semicírculo arrastrando todo lo que queda del aparejo y el segundo cabo, copan al banco. Hecha la captura, dos barcas trasladan los cabos terminales a tierra: desde allí se cobran las redes bien a brazo, bien con ayuda de animales de tiro, hasta que los atunes quedan varados en la playa (son siempre playas de cantos o de arena). Una variante más compleja de este tipo es la almadraba denominada de cinta o sedal, en la que además del aparejo principal, que captura el grueso de la bandada, se tienden hasta dos grupos de redes concéntricas para cortar el paso a los atunes que eludieron la red de copo<sup>26</sup>. No es seguro que los griegos utilizaran dicha variante, aunque el texto de Opiano (OPP., *H.* III 641-642) menciona un dispositivo de puertas y profundos receptáculos en las redes que podría apuntar a algún tipo de almadraba más o menos similar (¿que rodeaba una sola vez la red interior?).

Regresemos ya al observatorio. El tronco o viga plantada en el fondo procuraba corta distancia de avistamiento, pero la ampliación del radio de búsqueda podía satisfacerse de modo óptimo ocupando una elevación del terreno muy cercana o contigua a la ribera del mar, sobre la que incluso cabía fabricar una plataforma o torre. Así nacieron los numerosos θυμνοσκοπεῖα que jalonaron diferentes partes del Mediterráneo, justo allí donde concurrían las dos condiciones de existencia de un promontorio o acantilado con amplia panorámica y de experiencia sobre la migración periódica de atunes ceñidos a la costa.

25 N. Chr. APOSTOLIDÈS, *La pêche en Grèce*<sup>2</sup>, Atenas, 1907, pág. 31; reproduzco el texto tal como está citado por MAIR, *Oppian...*, págs. 400 s.

26 Véase OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, págs. 25 ss.; GARCÍA VARGAS, “Pesca, sal y salazones...”, págs. 16-18. Las dos clases restantes de almadraba, la de “monteleva” y la de “buche o copo” no fueron conocidas en la Antigüedad.

Los textos que hemos reunido son muy elocuentes y nos garantizan una reconstrucción muy fidedigna sobre los modos de proceder. Como emplazamiento de la σκοπιὰ ο σκοπή se nos habla en unos casos de una elevación o altura del terreno (AEL., NA XV 5: σκοπιὰ ὑψηλή), de un promontorio (ἄκρα)<sup>27</sup> o de costas escarpadas (AEL., NA XV 5: ἀκτή), de una orilla abrupta (OPP., H. III 634: ὄχθη), de encaramarse a lo alto de una colina escarpada (OPP., H. III 636: ἐπ' ὄρθιον ὑψι κολωνόν). No menos descriptiva es la mención que Aristófanes hizo a estos observatorios, a los que retrata como situados encima de las rocas (ἀπὸ τῶν πετρῶν ἄνωθεν)<sup>28</sup>, pasaje que los escolios comentan dejando constancia de que los θυννοσκόποι trabajaban asentados sobre una altura (ἐπὶ ὑψους ἰστάμενοι)<sup>29</sup>.

Mas no basta con que la atalaya ocupe un lugar elevado de la costa, pues ésta tiene que ofrecer también una buena visibilidad alrededor por estar libre de obstáculos (AEL., NA XV 5: ἐν περιωπῇ σφόδρα ἐλευθέρῃ). Y para aumentar el área y calidad de la visibilidad –facilitando asimismo a quienes se hallan en las barcas la recepción óptima de las señales– se procedía a levantar sobre la superficie de este calvero una plataforma de madera que, según Eliano (AEL., NA XV 5), no era sino una estructura muy elemental compuesta por dos grandes troncos (πρέμνα) trabados con una serie de anchas vigas o tablones (δοκίδες).

A su vez, la información transmitida por Opiano (OPP., H. III 634) de que el mirador situado en la ribera abrupta debía estar “cubierto, techado” (ἐπηρεφής) debe ser interpretada en el sentido de que la plataforma que se alzaba era una pequeña torreta que constaba de un techo de ramas o de madera para proteger al vigía del sol y de las inclemencias del tiempo. No es lícito descartar la posibilidad de que en algunos de los *thynnoskopieia* hubiera una torre fija construida con materiales no perecederos; desde luego, en las zonas de la Península que después de la Antigüedad siguieron explotando atunaras se han mantenido torres hechas en piedra, desde las que actuaban los vigías ocupados de alertar a las barcas<sup>30</sup>, y es probable que representen la continuidad de las más primitivas que reemplazaron. Parece lógico pensar que en los lugares que hubiesen demostrado temporada tras temporada la rentabilidad de las capturas valdría la pena fabricar una estructura sólida y duradera, y esta idea viene reforzada por el hecho de que ciertos observatorios eran, como claramente expresa el epígrafe de Cos y se deduce por el ἀρχώνης en los de Cízico y Pario (Nileo), propiedad del Estado (δαμοσία)<sup>31</sup>, de forma que para conseguir buenas ofertas de arrendamiento es probable que la propia comunidad decidiese efectuar allí una sencilla obra que facilitaría indefinidamente las actividades de los grupos de pesca. Tam-

27 Cf. STR. V 2. 6 (C 223); 2. 8 (C 225); XVII 3. 16 (C 834), donde menciona la existencia de observatorios para atunes en dos puntos de la costa etrusca y en las cercanías de Hadrumeto.

28 AR., *Eg.* 312-313, en donde compara al demagogo Cleón con los pescadores de las almadrabas, pues con sus gritos ensordecía a los atenienses y desde lo alto de las rocas vigilaba la llegada de los tributos como si fuesen atunes. Esta imagen creada por el gran cómico ateniense es sin duda de las más logradas.

29 SCHOL. AR. *Eg.* 313 a y c; SUID., s.v. θυννοσκόπων. En una de sus composiciones poéticas describe Teócrito a un cabrero enamorado que amenaza a su amada con arrojarla al mar desde el lugar en que el pescador Olpis observa la llegada de los atunes (THEOC., *Id.* III 25 s.). Se refiere, obviamente, a un acantilado.

30 *Vid.* por ejemplo las antiguas escenas del siglo XVIII reproducidas por GARCÍA VARGAS, “Pesca, sal y salazones...”, figs. 6 y 7 A, en las que se aprecian las torres sobre el acantilado, así como OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, págs. 45 s..

31 Es interesante señalar que, además del dato sobre la σκοπιὰ δαμοσία que contiene la inscripción de Cos, el texto del arbitraje entre Trecén y Arsinoe (IG IV<sup>2</sup> 76) establece que las θυννεῖα (pescadurías de atunes) de esta parte del golfo Argólico serán propiedad común (κοινά) de ambas ciudades, lo que seguramente significaba no sólo que los miembros de ambas comunidades podían explotar las atalayas, sino que éstas pertenecían al Estado: *vid.* la reconstrucción propuesta por ROBERT, *Hellenica...* XI-XII, París, 1960, pág. 159, n. 2.

bién aquellas que, como muestra la inscripción de Cos, eran de propiedad privada y se ofrecían en alquiler, pudieron contar tanto con plataformas de madera como con pequeñas torres de piedra.

El puesto de observación no podía ser atendido por cualquiera. Las cualidades exigidas al vigía eran, ante todo, poseer una vista clara y muy aguda, lo más penetrante posible (ὄξυωπέστατος), aunque tan importante como la vista era la experiencia en interpretar las alteraciones de la textura del mar que anunciaban la llegada de un banco. Opiano (OPP., *H.* III 638) habla del ἴδρις θυννοσκόπος, el experto vigía atunero, pero más expresivo es Eliano (AEL., *NA* XV 5) cuando atribuye a los ocupantes de los observatorios una habilidad o ciencia secreta y misteriosa (σοφία ἀπόρητος), que sin duda se basaba en una prolongada familiarización con las distintas pistas, en función del estado de la mar; seguramente tal habilidad empezaba a adquirirse junto a un viejo maestro, que iniciaba al aprendiz en los arcanos de aquella destreza.

Cuando el vigía creía haber descubierto un cardumen transmitía la alerta a las barcas; las operaciones tenían que realizarse con gran rapidez y precisión, por lo que el vigía debía no sólo enviar el aviso, sino suministrar al mismo tiempo una serie de datos imprescindibles para la captura: es lo que Eliano (AEL., *NA* XV 5) denomina ἐκδιδάσκειν, instruir a fondo a sus compañeros. Si repasamos los textos pertinentes, comprobaremos que estos datos eran: 1º. De qué parte vienen los peces. 2º. El número aproximado de los componentes del banco, información que estaba limita-

da, probablemente, a indicaciones muy generales: banco pequeño, mediano, grande, inmenso<sup>32</sup>. El vigía debía efectuar rápidamente esa evaluación, para lo que tomaba como referencia el área ocupada por la formación de atunes, concretamente el ancho, el largo y la profundidad (βάθος, εὔρος, πλάτος, μήκος)<sup>33</sup>. 3º. Hacia dónde deben extenderse las redes, si en dirección a la costa o a mar abierto. Si la red ya se había fijado en un punto del litoral, la función de las embarcaciones se centraba en encauzar a la mayor parte de la bandada para que, tirando desde la orilla con la cuerda del otro extremo de la red, los atunes quedasen dentro de la almadraba.

A fin de hacer llegar estas informaciones con claridad, los vigías empleaban un código bien de señales acústicas, bien de señales ópticas. En el primer caso se trataba de lanzar grandes gritos –que ampliarían colocando las manos alrededor de la boca– equivalentes a datos cortos, fáciles de interpretar y exactos; nuestras fuentes utilizan siempre la palabra βοή o el verbo βοάω y sus compuestos (ἐκβοάω, ἀναβοάω), sin olvidar añadir que los gritos emitidos serán fuertes y potentes (ὡς μεγίστη, μάλα ὀξύ), ensordecedores (ἐκκωφᾶν). Supongo que también pudieron emitirse avisos valiéndose de trompetas y/o de caracolas, un sistema muy común entre pescadores, y el único apoyo para sustentar esta conjetura es nuevamente Eliano (AEL., *NA* XV 5) al escribir que la alerta del vigía puede parangonarse a la acción del corifeo dando el tono (τὸ ἐνδόσιμον).

En otros casos, sin embargo, dada la distancia que separaba la atalaya de las barcas, o

32 Las afirmaciones de Eliano (AEL., *NA* XV 5) de que los *thynnoskopoi* son capaces de calcular la cifra exacta de peces y jamás se equivocan respecto al número es una manifiesta exageración, derivada tal vez de que en su estimación del tamaño del cardumen solían afinar bastante. Filóstrato (PHILOSTR., *Im.* I 13, 8) se deja llevar también por la fantasía al asegurar que transmiten a los pescadores cuántos miles de atunes vienen en camino. Más realista es Opiano (OPP., *H.* III 638 s.), para quien el vigía se limita a evaluar el banco y a conjeturar sobre la cantidad de ejemplares.

33 Al pasaje traducido de Filóstrato (PHILOSTR., *Im.* I 13, 7) súmese la ilustrativa explicación de Plutarco (*Moralia* 980 A) sobre la forma tan rigurosa (ἀκριβῶς) con que los *thynnoskopoi* calculaban el volumen del banco: εἰδὼς ὅτι καὶ τὸ βάθος αὐτῶν ἐν ἴσῳ τεταγμένον στοιχείω πρὸς τε τὸ πλάτος ἐστὶ καὶ τὸ μήκος.

por dificultades auditivas creadas por el oleaje o el viento contrario, se hacía imprescindible el uso de señales ópticas, una técnica muy precisa ya desarrollada en el Próximo Oriente y que fue de dominio generalizado en toda Grecia como instrumento de transmisión inmediata de noticias. Los datos a enviar por el vigía podían ser reducidos a un código convenido bastante simple, no superior a diez o doce elementos. Se recurría obviamente a banderas e insignias, entrando en juego tanto la forma de presentarlas (arriba, cruzadas, a izquierda, etc.) como los colores de la tela: precisamente Eliano (AEL., *NA* XV 5) compara la actuación desde la plataforma con el empleo del *σύνθημα* en el ejército, es decir, las órdenes que se comunicaban a las tropas por medio de banderas. Opiano (OPP., *H.* III 640) refiere además que el vigía comunica por señas lo que ha visto, pero el matiz que introduce con el verbo *πιφάύσκειν*, formado sobre la raíz de *φάος* (brillar, hacer brillar), apunta a la utilización de señales luminosas, es decir, de espejos u objetos reflectantes, y no sería extraño que desde algunas atalayas se emitiesen señales combinando banderas y destellos de luz. En verdad, la técnica de la almadraba recomienda la luz del día, y durante las horas diurnas se practicaría habitualmente; pero no podemos omitir una cita de Heródoto, en donde copia la respuesta que el adivino Anfilito de Acarnania dio al tirano Pisístrato como vaticinio de su entrada triunfal en Atenas: “Echado está el lance, la red está tendida, los atunes acudirán en la noche de luna” (HDT. I 62). El texto da claramente a entender que desde algunos observatorios los vigías podían, aprovechando las fechas de luna llena, localizar de noche a los atunes y activar el dispositivo de pesca para su captura. Aunque lo lógico es que en tales casos (unas seis noches en

los ocho meses de marzo a octubre) se valiesen para dar la información de señales acústicas, lo cierto es que las circunstancias admitían el manejo de fuego (antorchas) como transmisor del código, un sistema bastante extendido en el ámbito cívico y militar para activar la defensa de posiciones y enviar órdenes precisas y que sería perfectamente adaptable a los objetivos de la caza de atunes, puesto que los griegos también pescaron el atún de noche con antorchas<sup>34</sup>.

Contiene nuestra documentación otra noticia importante para trazar el cuadro de los *thynnoskopoi*. En efecto, no es arriesgado presumir que las advertencias remitidas por el vigía desde su posición elevada, aunque pudiesen ser más o menos correctamente captadas por una parte de los pescadores, tenían en las barcas un directo receptor que sabía descifrar cuanto aquél comunicaba, y que tales datos pasaban de inmediato a los jefes de las redes y de las embarcaciones para organizar sin tropiezos las maniobras pertinentes. Pues bien, esta conjetura creo hallarla confirmada por dos detalles de entidad. En primer lugar, la mención hecha por Eliano (AEL., *NA* XV 5) de que, antes de empezar el tendido de las redes, uno de los tripulantes está a cargo de vigilar el observatorio (ὁ τὴν σκοπιὰν φυλάττων); dicha persona no puede ser más que el pescador que, cuando se da la alarma, atiende a las señales emitidas por el vigía, siendo su destinatario e intérprete. Y, en segundo término, gracias a la nómina de los integrantes de la sociedad de arrendatarios de la pesca en el Nileo de Pario: allí figuran, como tuvimos ocasión de ver, dos asociados que ejercen como *σκοπιᾶζοντες* y un tercero a quien se denomina el *ἐφημερεύων*. De inmediato se infiere que la inclusión en la estela de dos títulos que aparentemente son

34 *Vid.* al respecto RHODE, “Thynnorum captura...”, pág. 50; sobre el uso de antorchas por los pescadores en la Antigüedad suministra algunos otros datos ROBERT, *Hellenica...* X, pág. 272, n. 3.

sinónimos obedece al hecho de que cumplen labores distintas. Éstas eran, en mi opinión, complementarias y se explican razonablemente siguiendo el anterior planteamiento: los σκοπιλάζοντες serían los receptores de las señales que llegasen desde la atalaya, y su duplicación derivaría de simples factores de precaución, tales como la conveniencia de evitar equívocos, la separación entre dos grupos de barcas (las que tienden las redes, que van por fuera, y las que cierran el buche, que van por dentro), cada uno de los cuales lleva un receptor, etc. A su vez, el ἐφημερεύων debió de ser el genuino y hábil vigía de los bancos de peces instalado en un altura, aquel cuyas señas aguardan los σκοπιλάζοντες para poner en marcha la trampa de la almadraba<sup>35</sup>. Nada hay de extraño, por tanto, en que el observatorio de atunes recibiese también la denominación de ἡμεροσκοπεῖον, porque sobre este calvero se asentaba el experto cuya actividad profesional se calificaba de ἐφ-ημερεύειν.

Los restantes aspectos sobre la captura de esta especie exceden ya el marco estricto de este trabajo, orientado únicamente a profundizar en el papel de los observatorios, pues afectan a la técnica de extender las redes y organizar la atunara<sup>36</sup>. Añadamos tan sólo que los *thynnoskopeia* no proliferaron en exceso porque, obviamente, no todos los tramos de la costa reunían buenas condiciones: paso de la migración<sup>37</sup>; “lugares no demasiado angostos, al pie de riberas abruptas y con plataformas techadas, no demasiado expuestos a

los vientos, con la conveniente proporción de cielo abierto y de abrigados refugios” (OPP., *H.* III 634-636); suministro de abundantes cantidades de sal desde las cercanías para la conservación inmediata de grandes cantidades de pescado. El número de estas atalayas fue mayor en el Mediterráneo occidental que en Grecia, las islas y el Mar Negro<sup>38</sup>; para el caso de la Península Ibérica es seguro que las había en el territorio de las ciudades afamadas como grandes productoras de conservas de pescado (Gades, Carteia, Abdera, Sexi, Carthago Nova) y que servían para la captura tanto de atunes como de caballas, bonitos, melvas y albacoras, aunque los métodos propiamente fenicios no tenían por qué ser los mismos que aplicaban los griegos (*vid. infra*).

\*\*\*

Si asociamos ahora todos estos datos con los escasos elementos que dan testimonio del antiguo *hemeroskopeion* peninsular comprobaremos que el panorama se clarifica de forma asombrosa. El único texto algo explícito sobre este lugar es el de Estrabón, cuya información remonta, vía Posidonio, a Artemidoro<sup>39</sup>. Este último afirmaba que Hemeroskopeion era una pequeñísima población (πολίχμιον) perteneciente a los masalotas, y esta imprecisa pincelada (¿qué es exactamente un πολίχμιον?) dio pie a propugnar la teoría de la existencia en la costa de Denia de una vieja *apoikia* focense, ocupada luego por

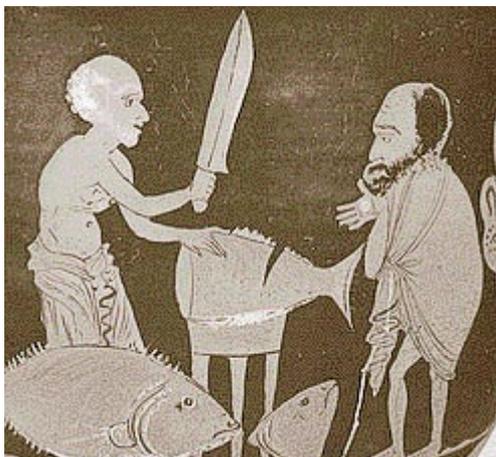
35 Mi interpretación no se contradice con la anterior sobre los pescadores que trabajaban en la zona de Pario denominada Φρου-, puesto que en aquel caso la acción verbal de σκοπιλάζειν podía estar perfectamente referida tanto al vigía de la atalaya como al que espera sus señales.

36 *Vid.* al respecto GARCÍA VARGAS, “Pesca, sal y salazones...”, págs. 16-18.

37 Que no bordea exactamente las costas, porque los bancos nadan del mar libre a la costa, y cuando hallan un obstáculo cambian de rumbo en sentido contrario al que llevaban, volviendo a retornar tras el zigzag (OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, pág. 17).

38 La relación de los algo más de cuarenta lugares (*thynnoskopeia* propiamente dichos o ciudades en cuyas costas los había) se hallará en KELLER, *Die antike Tierwelt* II, págs. 383 s.; STEIER, *RE* VI A 1, col. 729 s., *s.v.* Thynnos; CURTIS, *Garum...*, págs. 65, 85s., 129s.; añádase ahora Hemeroskopeion en la Península Ibérica y las *thynneia* del golfo Argólico (ROBERT, *Hellenica...* XI-XII, pág. 159, n. 2).

39 STR. III 4. 6 (C 159).



Crátera del vendedor de atún. 380-370 a.C. Cefalù, Museo della Fondazione Culturale Mandralisca, CAT, 233.

Marsella, y muchos creerían, supongo, que su carácter de ciudad no ofrecía dudas habida cuenta del surgimiento del municipio romano de Dianium<sup>40</sup>.

Esas viejas quimeras no pueden ya sostenerse, pues la historia de aquel lugar debe reescribirse de la siguiente manera. El promontorio en el que están hoy las ruinas del castillo de Denia se habilitó como atalaya que permitía detectar la llegada de los bancos de atunes durante sus migraciones y, disponiendo en la costa –que en la Edad Antigua llegaba al pie de la colina– algunas embarcaciones, realizar capturas. Aquel observatorio era perfecto, pues se trataba de un punto elevado sobre el mar (ἄκρα en Estrabón) con visibilidad abierta<sup>41</sup>; tan perfecto que hasta fechas muy recientes, como luego diremos, siguió dando asiento a los

vigías de las almadrabas. Es más que probable que tales actividades fuesen ya desarrolladas por un grupo de población indígena (protoiberos) con los medios técnicos a su alcance antes de que se produjese la instalación, algo más al sur, de los primeros asentamientos fenicios<sup>42</sup>. Pero la presencia cercana de elementos semitas (Ibiza, Guardamar), una de cuyas principales fuentes de riqueza desde Cádiz hasta Murcia era la confección de conservas de pescado<sup>43</sup>, unida al hecho de la progresiva expansión fenicio-púnica en dirección al Ebro, debió convertir este enclave en una empresa mixta de explotación de los recursos atuneros, si es que los semitas no desplazaron por completo a los indígenas (por la fuerza) o les compensaron de alguna forma pactada por el derecho a la extracción de la pesca.

40 Toda la bibliografía está plagada de remisiones cruzadas entre sí que, sin ningún argumento original, tan pronto hablan de ciudad focense como de colonia griega, tan pronto niegan cualquier presencia fenicia o griega por los contornos como la afirman, tan pronto ponen en duda que *Dianium* sea la sucesora del nombre *Artemision* como hacen de este último un gran templo. Donde mejor se refleja esta nebulosa es en la síntesis que persiguió A. TOVAR, *Iberische Landeskunde. Segunda parte. Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania. Tomo 3. Tarraconensis*, Baden-Baden, 1989, págs. 207-210.

41 Si era visible desde muy lejos para quienes llegaban por mar, como asegura Estrabón, significa que el propio observatorio disfrutaba de vistas despejadas.

42 La existencia de salinas cerca de Denia (*vid. infra*, notas 56s.), invita a pensar que desde la protohistoria se daba la condición más importante para poder explotar en grandes cantidades el pescado. En el siglo VI había una fortificación ibérica en el macizo del Montgó, la montaña que domina Denia: *vid.* H. SCHUBART, “Untersuchungen an den iberischen Befestigungen des Montgó bei Denia (Prov. Alicante)”, *Madridener Mitteilungen*, 4 (1963) págs. 51-69; E. A. LLOBREGAT CONESA, *Contestania ibérica*, Alicante, 1972, págs. 45-48.

43 Del tema se ha ocupado J. L. LÓPEZ CASTRO, “La producción fenicia occidental de salazón de pescado”, en *II Congreso Peninsular de Historia Antigua. Actas. Coimbra, 1990*, Coimbra, 1993, págs. 353-362.

Los fenicios conocían y aplicaban tratamientos adecuados de salazón con los que preservar el mayor número posible de subsistencias, por lo que en los alrededores de aquel promontorio tuvo que surgir ya una factoría que, con la sal obtenida muy cerca, elaborase y envasase los productos extraídos del mar durante la campaña atunera<sup>44</sup>; sus formas de capturar el atún con vigía, aunque tuviesen una impronta propia y no dependiesen de las griegas<sup>45</sup>, debían estar emparentadas con aquéllas, pues pequeños cercos de redes para copar el banco debían formar parte de la técnica común al Mediterráneo minoico, micénico y fenicio. Por desgracia, carecemos de datos precisos sobre las artes de pesca empleadas por fenicios y púnicos y, en el estado actual de la investigación, no hay manera de saber si el tendido de sus redes había alcanzado la misma eficacia práctica que caracteriza a las almadrabas griegas; en cualquier caso, aunque las mejores técnicas para cazar los grandes bancos de atún fuesen obra temprana del ingenio helénico<sup>46</sup>, los contingentes coloniales trasladados hasta Italia y Sicilia primero y, más tarde, hasta Galia y la Península debieron difundirlas y demostrar su gran rentabilidad, pues no en vano las bandadas de atún son muy abundantes y tienen más grasa cuando, en su migración gamética o genética, ascienden desde el Estrecho hacia la desembocadura del Ródano y las playas del Mar Tirreno. Cabe admitir, así pues, que a partir de una

época (en torno al cambio del siglo V al IV) todos los sistemas de captura utilizando atalayas se habrían extendido por el Mediterráneo y serían comunes a semitas y griegos, gracias a los viajes y a los contactos comerciales, aun cuando estos últimos dominaban con mayor pericia esta ciencia<sup>47</sup>.

Que hubo un grupo de pescadores griegos en el promontorio de Denia me parece hallarse fuera de discusión, no tanto porque mantuviese el nombre de ἡμεροσκοπεῖον –pues los visitantes griegos podrían haber registrado esta denominación, sin darse la circunstancia de que ellos mismos trabajasen allí, sólo porque conocían la función que desempeñaba– cuanto por la noticia de Estrabón (Artemidoro) que le otorga filiación masaliota. Ya hemos comprobado en un pasaje de Eliano (AEL., NA XIII 16) y otro de Opiano (OPP., H. III 625-626 que Masalia se dedicaba a la captura y explotación del atún en la desembocadura del Ródano, y lo mismo hacían sus colonos de Antípolis (Antibes)<sup>48</sup>, de manera que no resulta insólito que, en un momento dado (¿siglos V/IV a. C.?), llegasen desde Massalia tanto un grupo de especialistas en la preparación de almadrabas como, desde luego, algunos profesionales en la explotación de los recursos obtenidos (fabricantes de salazones, comerciantes exportadores de las conservas), tal vez todos ellos asociados, que establecerían buenas relaciones con la población más cerca-

44 La prioridad de los fenicios en el promontorio, a reserva de los restos materiales que sin duda irán apareciendo, parte de mi hipótesis sobre el primitivo culto tributado a Tanit, que sería más tarde asimilado al de Ártemis.

45 Véase GARCÍA VARGAS, “Pesca, sal y salazones...”, págs. 32 ss.; E. GARCÍA VARGAS y E. FERRER ALBELDA, “Las salazones de pescado de la Gadir púnica: Estructuras de producción”, *Laverna*, 12 (2001), págs. 21-23.

46 Las menciones hechas por Heródoto y Aristófanes inducen a considerar que, desde mucho tiempo antes (con certeza desde el siglo VI a. C., seguramente desde el VII), los griegos aprovechaban los *thynnoskopieia* y el tendido de almadrabas.

47 Evidentemente, un dato que habla muy a su favor es que alumbraron una abundante literatura técnica sobre el particular, y Eliano (AEL., NA XV 6) recuerda que Sofrón escribió un tratado sobre la caza del atún (Θυνοθήρα).

48 Los pescados salados de Antípolis figuran en PLIN., *nat.* 31, 94 y MART., 13, 103; sobre la explotación del atún y otras especies por los masaliotas en forma de conservas véase M. BATS, “Définition et évolution du profil maritime de Marseille grecque (VIe-Ier s. av. J.-C.)”, en *L'exploitation de la mer de l'Antiquité à nos jours. II. La mer comme lieu d'échanges et de communication* (VIèmes Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes, Octubre 1985), Valbonne, 1986, pág. 45.

nas<sup>49</sup>. La ubicación en ese promontorio de un lugar consagrado (éste es el valor de la expresión *ἱερόν* que nos transmite Estrabón; seguramente no pasó de ser un altar al aire libre) a Ártemis Efesia, cuya explicación en directa relación con la pesca abordaremos luego, es otra prueba más de la presencia de trabajadores griegos de origen focense (masaliota) en la más antigua atunara de Denia.

La factoría de elaboración de las conservas y el secadero de pescado (*ταριχεῖα*) debió adquirir cierta entidad, a juzgar no sólo por el detalle de que aquel observatorio pasó a constituir un topónimo de referencia, sino también porque disponía de un embarcadero<sup>50</sup> y, en particular, porque el conjunto formado por las dependencias de la fábrica y por las viviendas de los obreros (conserveros y trabajadores de las salinas) y de los pescadores se parecía a una minúscula aldea (=πολίχιον) que Artemidoro tomó, como si se tratase de una *apoikía* oficial, por fundación (!) de los masaliotas. Estoy convencido de que, en origen, aquel pequeño núcleo estaría habitado sólo durante unos meses, de suerte que al terminar la temporada de pesca y el período de confección y retirada de las conservas la mayoría de los ocupantes regresaría a sus hogares (Ibiza, Guardamar, Cartago Nova, Ampurias, Massalia) y el poblado marítimo quedaría como albergue de las artes de pesca<sup>51</sup>. Para su reparación y para el cuidado de las balsas de la factoría y de las salinas tal vez permanecieran allí durante el resto del año unas cuantas personas. Con el tiempo, en aquella aldea debió estabilizarse una

pequeña comunidad centrada en la pesca, las conservas y su comercio, pero la relativa pequeñez de las instalaciones y la austeridad de sus materiales, así como la ausencia de buenas casas –es probable que estuviesen más cerca de lo que es una cabaña– y de cualquier edificio público o importante, excepto los almacenes, conduciría al resultado de que respecto a ese punto geográfico sólo se tomara en consideración la prominente atalaya de los atunes, que era la razón de ser del enclave y de cuya buena marcha dependía todo lo demás (incluidas las salinas). Esto explica que el Periplo de Avieno (AVIEN., *Ora* 476-478) contenga la afirmación, dada la nula entidad urbana de aquel lugar, de que en principio existió una ciudad (*Hemeroscopium quoque habitata pridem hic civitas*), pero que aquélla degeneró hasta quedar prácticamente desierta (*nunc iam solum vacuum incolarum languido stagno madet*). Por supuesto, el origen étnico de los habitantes tuvo que ser múltiple: situándonos a partir del siglo IV a. C., habría griegos para organizar la pesca y dirigir la factoría y las operaciones mercantiles –una parte de ellos no serían sino empleados y agentes de los ricos comerciantes que, teniendo casa de negocios en los grandes puertos (Sagunto, Ampurias, Massalia), traficarían con las conservas–; habría también semitas de las ciudades fenicias del sur de la Península o de Cartago, los cuales colaborarían tanto en tareas de pesca y conservación del pescado como en las operaciones comerciales (incluso como asociados de los griegos); habría por último algunos indígenas empleados como obreros en los arrastres,

49 El reciente artículo de B. LOWE, “Between Colonies and Emporia. Iberian hinterlands and the exchange of salted fish in eastern Spain”, en Z. H. Archibald, J. Davies, V. Gabrielsen y G. J. Oliver, *Hellenistic Economies*, London y Nueva York 2001, págs. 175-200, no aporta nada nuevo que no sea el superado esquema de la colonización peninsular, basado tan sólo en materiales arqueológicos.

50 Puesto que STR. III 4. 6 (C 159) proporciona la noticia de que Sertorio utilizó el promontorio como refugio de operaciones marítimas.

51 En los llamados *κητοθηρεῖα* por Eliano (AEL., *NA* XIII 16), donde se almacenaban las grandes y largas redes y los restantes utensilios de pesca.

transportes y el cuidado de las balsas del pescado y de la sal.

El complejo formado por la factoría y las casitas en una zona cercana al promontorio estuvo activo ininterrumpidamente, de forma que en el momento de la llegada de los romanos continuaba con su producción. Necesariamente surgió entonces un cambio en su naturaleza, pues los derechos de pesca pasaron a poder del Estado. Tal como se hizo en Asia Menor, también en la Península controlaría el Senado la explotación de recursos del mar a efectos tributarios, y el procedimiento a aplicar pasaba por el arrendamiento de la ocupación de la *σκοπιά*. Es muy probable que durante un período de la etapa republicana el *hemeroskopeion* y sus instalaciones estuviesen en manos de una compañía de Massalia representada por un *ἀρχώνης*, dada la estrecha alianza que existió entre aquella *polis* y Roma; después entrarían en liza las poderosas *societates* de la oligarquía romana. La explotación y exportación del pescado debió funcionar prósperamente; Sertorio utilizó aquel puerto como base de operaciones; enseguida se incrementó la romanización de la zona adyacente, hasta llegar a constituir una comunidad urbana (*Dianium*) que obtuvo, tal vez en época de Vespasiano, el estatuto municipal<sup>52</sup>.

Hasta ahora no han aparecido restos en Denia de la antigua factoría, pero es verdad que el yacimiento original se halla ocupado por la población actual y ha podido quedar totalmente destruido. No es probable que la fábrica de salazón se hallase demasiado aparta-

da del observatorio, y es muy verosímil que la antigua atunara griega (greco-púnica), después de cada jornada de captura, fuese arrastrada hasta la playa que hoy todavía se conoce como de la almadraba<sup>53</sup>. En cualquier caso, algunas partes del pez y procesos de salado (lomos, huevas) podían haberse trasladado a otro lugar cercano. A época romana pertenecerían los restos de una pequeña industria de salazón diez kilómetros al norte de Denia, cerca de Vergel, donde hay también una playa de la almadraba y tal vez rastros de antiguas salinas, aunque podría tratarse tan sólo de las dependencias de una gran *villa* donde se envasasen productos marinos<sup>54</sup>. Pero mayor importancia reviste una interesante factoría romana ubicada en Jávea (Punta del Arenal), distante unos ocho kilómetros de Denia, que testimonia la rentabilidad de la costa en la región circundante<sup>55</sup>; el valor de este último yacimiento radica además en el hecho de que conserva los restos de unas antiguas salinas, en la zona denominada precisamente El Saladar, de las que todavía subsiste un canal de alimentación (la llamada Sequia de la Nòria)<sup>56</sup>. También una parcela de Denia próxima a la población conserva esta denominación (el saladar), y dados los cambios sufridos por el viejo embarcadero y la línea de costa, no sería extraño que aquel punto hubiese albergado unas salinas. Sospecho que el *languidum stagnum* que, según Avieno (AVIEN., *Ora* 477 ss.), impregnaba el suelo cercano a *Hemeroscopium* pudo ser una albufera/saladar que, al retirarse el mar, fue desecándose. La explotación de

52 *Vid.* CIL II p. 484.

53 OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, pág. 249.

54 G. MARTÍN, "Las pesquerías romanas de la costa de Alicante", en *Trabajos de arqueología dedicados a D. Pío Beltrán* (Papeles del Laboratorio de arqueología de Valencia, 10), Valencia, 1970, págs. 149 s.; LAGÓSTENA BARRIOS, *La producción de salsas y conservas...*, págs. 188 s.

55 G. MARTÍN y M. D. SERRES, *La factoría pesquera de Punta del Arenal y otros restos romanos de Jávea (Alicante)* (SIP-Serie de Trabajos Varios, 38), Valencia, 1970; LAGÓSTENA BARRIOS, *La producción de salsas y conservas...*, págs. 185-188.

56 MARTÍN y SERRES, *La factoría pesquera...*, págs. 92 s.; MARTÍN, "Las pesquerías romanas...", pág. 149; OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, pág. 72. No debe tenerse en cuenta el error de LOWE, "Between Colonies...", pág. 179, que hace de la Acequia de la Noria una factoría romana de tratamiento del pescado.

salinas en este territorio durante la época romana no ofrece dudas, no sólo porque se conservan las huellas de las de Jávea y de las industrias de salazón citadas, sino también porque en una inscripción funeraria romana diversamente interpretada figura un liberto o esclavo, que precisamente porta un nombre griego (*Beryllus*), que tal vez ejercía el oficio de *sali]nator* en el ámbito del municipio dianense<sup>57</sup>.

Pero si cupiesen dudas sobre la exuberancia de atunes con que la naturaleza dotó a aquella atalaya de Denia –lo que lleva consigo la instalación adjunta de factorías, pues para que esas cantidades de pescado se mantengan en condiciones es necesario tratarlas muy pronto–, valgan varios testimonios de siglos posteriores, durante los cuales seguía explotándose aquella riqueza. El rey Felipe III, que visitó Denia en 1599, concurría a la pesca de atunes y mató varios ejemplares con su mano cuando estaba la almadraba junto a la playa<sup>58</sup>. Esto afirmaba el historiador Gaspar Escolano: “De los atunes que acuden por junio y julio a la almadrabas de Benicasim, Denia, Jávea y Alicante, es no acabar comenzar a hazer referencia: según que se mata cada día a trescientos o quatrocientos... El orden que se guarda en pescarlos es artificioso. Porque se ponen seys o siete barcos en arco, algo desviados los unos de los otros; dos destes están hazia tierra con las redes gruesas para sitiarlos; y el barco más apartado le dexan a quarto de legua. Los atunes se vienen bogando hazia la costa y antes de que lleguen al puesto, los descubre desde una atalaya, tan claro por el agua que hazen que los puede contar. Descubiertos, se haze seña con un lienzo y luego comienzan a moverse los dos barcos con las

redes y los van tendiendo por el agua adelante, ciñendo a los atunes hasta emparejar con el barco postrero, que también baxa echando las suyas. Por este camino, en breve espacio los tienen aislados sin osar ellos rebullirse, porque con ser tan disconformes, son con extremo medrosos y se atajan de cualquier pajueta que en el agua vean. De estas redes la una es de esparto y se llama adaçal, la otra de cáñamo y llámanla cinta gorda: que tiradas a su tiempo por más de doscientos bergantes, llevan tras sí enredados a aquellos cuerpos de los atunes, y arrojándose sobre ellos hombres desnudos con cloques, que son unos garabatos de hierro clavados en palos, les hienden las cabeças y así los acaban”<sup>59</sup>.

Otra fuente muy instructiva sobre la importancia de Denia en la pesca del atún la constituyen ciertos informes remitidos en 1839 al Baile general de Valencia, en donde se advierte que “siendo mucho mejor por su situación la almadraba de Denia que las que ponían en Calpe y Benidorm, debía calarse, ya que haciendo un edicto por Cataluña, Andalucía y Castilla, no faltarían arrendadores y, en todo caso, ellos son los que cargan con los gastos de redes, barcos y demás enseres... Habría oposición de otras almadrabas a que se ponga la de Denia, por los perjuicios que creen que les ocasionaría... En los últimos años del siglo anterior (siglo XVIII) la almadraba de Denia pertenecía todavía al Duque de Medinaceli, siendo sus últimos arrendatarios dos de Vergel y otra casa de Denia. Había costado unos 30.000 ducados y, en tiempos, **se sacaba tanto que causaba envidia a los demás de los cabos...** Los almadraberos de los cabos habían sentido siempre envidia de

57 CIL II 3599. Presenté esta interpretación en un congreso celebrado en noviembre de 2000 en Valladolid, como parte de una comunicación titulada “Documentos epigráficos hispanos sobre la explotación de la sal”, que publicaré próximamente.

58 La noticia procede de Mariana; *vid.* OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, págs. 142-148, en donde recoge otros datos históricos de años posteriores.

59 G. ESCOLANO, *Décadas de la Historia de la Insigne y Coronada Ciudad y Reino de Valencia. Década primera*, Valencia, 1610, cols. 728-730 (hay edición facsimilar de la Universidad de Valencia, Dpto. de Historia Moderna, Valencia, 1972).

las muchas capturas que obtenían los de Denia y de la gran fama que tenía por doquier”<sup>60</sup>.

Pasemos ahora al aspecto religioso. Junto a su condición de atalaya atunera, el *hemeroskopeion* de Denia viene significado por Estrabón (Artemidoro) como un promontorio sagrado de la Ártemis Efesia. También esta característica se halla en perfecta consonancia con la naturaleza “íctica” del lugar. La tradición de consagrar a la divinidad una víctima para propiciar los beneficios que se espera recibir como frutos de la tierra o del mar fue común a semitas y griegos. Los fenicios admitieron al pez como ofrenda votiva destinada tanto a Tanit como a Baal Ammón, pero sabemos que mientras ciertas especies estaban prohibidas, el atún era uno de los peces religiosamente lícitos; este uso pasó a Cartago y a las colonias occidentales, como muestra la representación de peces en ofrendas figurativas<sup>61</sup> o el hecho de que el único *thynnoskopieion* norteafricano citado por Estrabón estuviese ubicado junto al promontorio de Ammón Balithon<sup>62</sup>. A la Tanit fenicio-púnica debió pues encomendarse la tutela de la de Denia y allí se le rendiría culto para favorecer las campañas de la pesca. Los griegos se limitaron a establecer el sincretismo de aquella divinidad femenina, que incluso pudo contener rasgos de la diosa siria Atargatis (cuyo santuario era famoso por los sacrificios de peces)<sup>63</sup>, con la Ártemis de Éfeso.

La explicación de semejante elección podríamos justificarla apoyándonos sólo en el

conocido relato del cariño especial que Massalia y todas sus colonias profesaban a esta divinidad, pues según la crónica patria cuando los focenses abandonaron su país y consultaron en Éfeso a Ártemis sobre su destino, una mujer poseída por la diosa se puso al frente de la expedición y los condujo en su viaje a Occidente<sup>64</sup>. Pero eso es más bien accesorio. La verdadera razón estriba en que, dentro del ámbito de la naturaleza, la Ártemis Efesia era un numen polivalente que simboliza preferentemente la abundancia. Esta idea de potencia que fecunda y nutre, expresada en su polimastía y receptora de todas las prerrogativas de la Gran Diosa Madre minorasiática, trae como resultado que su acción abrace el conjunto de la naturaleza y que la Ártemis así invocada reine sobre la tierra y sobre las aguas, sobre el cielo y los aires, sobre la vida vegetal y la vida animal. Sus poderes se ejercían, pues, también sobre las aguas, y en particular las del mar; no es fortuito que su templo se colocase, con intención manifiesta, en la ribera del Egeo. Hasta el propio culto retenía trazos de ese dominio cuando en una de sus fiestas se celebraba la procesión marina y el rito de lavar en el mar la imagen de la diosa<sup>65</sup>. Por la misma razón, Ártemis actuaba como protectora de las travesías marítimas y de la navegación. Esta configuración se complementa con la cualidad de señora de todos los animales salvajes (πίττινα θηρῶν), carácter que le otorgaba soberanía sobre los peces y su captura. Como la caza más compleja a efectuar en el mar era la de los atunes, nada mejor que situarla bajo el amparo de

60 El informe figura citado por OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, págs. 171 s.

61 Sobre todo ello trata, con su habitual maestría, F. J. DÖLGER, IXΘΥC, I. *Das Fisch-Symbol in frühchristlicher Zeit*. IXΘΥC als Kürzung der Namen Jesu IHCOYC XPICTOC ΘEOY YIOC CΩTHP<sup>2</sup>, Münster/Westf., 1928, págs. 438-441; IXΘΥC, II. *Der heilige Fisch in den antiken Religionen und im Christentum*, Münster/Westf., 1922, págs. 270-276.

62 STR. XVII 3. 16 (C 834). No sé si ha sido estudiada esta advocación de Ammón, un compuesto cuya primera parte presenta la raíz Ba(a)l-, Bel-, al igual que Bel-fégor, Bel-zebú, etc.

63 DÖLGER, IXΘΥC..., II, págs. 180 ss. (Der Fischopfer im Kulte der syrischen Göttin Atargatis).

64 STR. IV 1. 4 (C 179), y cf. III 4. 8 (C 160).

65 Vid. Ch. PICARD, *Éphèse et Claros. Recherches sur les sanctuaires et les cultes de l'Ionie du Nord* (BEFAR, Fasc. 123), París, 1922, págs. 312 s., 375-378; R. TONNEAU, “Éphèse au temps de Saint Paul”, *Revue Biblique*, 38 (1929), pág. 338.

esta Ártemis gemela de la señora de las fieras, a la que entre otros animales siempre se le asociaron los peces<sup>66</sup>.

Si el lugar estuvo tan indisolublemente ligado a la figura de Ártemis, pues Estrabón (Artemidoro) registra que la colina llevaba asimismo el nombre de Artemision, lo fue evidentemente porque la diosa recibía allí veneración. Su doble condición de observatorio y de lugar consagrado puede ser consecuencia de que la tarea del vigía no está lejos de representar un ritual secreto y religioso —ya vimos que posee una “sabiduría oculta”—, y de que éste es capaz de interpretar como un profeta o adivino (μάντις) las señales que desde el mar remite la divinidad en forma de bancos. Creo que dentro de la religiosidad de los pescadores del atún en almadrabas habría que incluir los sacrificios de peces a Ártemis, e imagino que cada vez que el vigía subía a la atalaya/santuario, imbuido de respeto y misticismo (cuando no de tabúes y supersticiones), llevaría a cabo una ofrenda o una súplica a la diosa. En todo caso, antes de iniciarse la temporada doy por seguro que celebrarían en su honor un sacrificio con el mismo objeto que declara el epigrama de cierto pescador incluido en la Antología Griega: Ménide entrega como ἀνάθημα a Ártemis un salmónete asado sobre carbones y un mujol a cambio de que sus redes estén siempre cargadas de presas (μοι πλησθέντα δίδου θηράμασιν αἰὲν δίκτυα), pues la diosa rige con su poderío todas las redes (las de la caza en tierra y las de la pesca)<sup>67</sup>.

Conviene terminar con unas reflexiones para la historia de la colonización griega en la Península Ibérica. Respecto al panorama mercantil, la pacífica vida del ἡμεροσκοπέιον y aldeños arroja nuevos interrogantes, a los que

no resulta sencillo contestar. Por la concisión de los datos transmitidos acerca de este lugar, que poseen carácter eminentemente geográfico y se reducen prácticamente al texto estraboniano, parece como si las noticias sobre la pesquería que obraron en poder de Artemidoro procediesen de una carta o periplo usado por los griegos en donde se hubiese representado el símbolo del promontorio, con su función práctica (de la que era apéndice la religiosa), y el πολίχνη constituido por la fábrica de salazón aneja y sus habitaciones. Es posible que aquélla no tuviese nombre propio (sería, simplemente, la factoría), y si llevaba alguno que fuese de origen indígena o su adaptación semita. Si la explotación de la pesca en la costa colindante estuvo conducida, como presumo, por masaliotas u otros griegos asalariados por aquéllos, sucedería que la salazón y las conservas producidas cada año se verían prioritariamente encaminadas en dirección norte y llegarían a los circuitos comerciales por obra de Marsella y Siracusa. Desde luego, tenía que existir un contacto más o menos continuo entre la factoría y sus abastecedores, pues, por ejemplo, las barcas de remos para la almadraba, la reposición de las grandes redes y de las cuerdas, los cientos de corchos necesarios<sup>68</sup> y los lastres de plomo, tendrían que llegar desde el arco griego del golfo de Lyon o ser traídos cada vez al inicio de la campaña; y durante una corta temporada allí anclarían las naves que cargaban las conservas. Pero también podía ocurrir que una parte fuera desviada (vendida) hacia Ibiza o Cartago Nova, o retirada por los asociados púnicos en la compañía de pesca: no cabe descartar que se tratase, desde antiguo, de una empresa mixta coparticipada y codirigida por griegos y púnicos, lo que explicaría

66 PICARD, *l. c.*, pág. 515.

67 ANTHOLOGIA GRAECA VI 105.

68 OLIVER NARBONA, *Almadrabas...*, pág. 225, cita cómo en época contemporánea una almadraba gastaba anualmente siete mil kilogramos de corcho. En la Antigüedad la cifra sería menor, y el corcho necesario podía conseguirse en el Ampurdán.

muy bien algunas tendencias de circulación de ánforas púnicas de salazón desde el sur de Alicante en dirección a Ampurias<sup>69</sup>.

Sin restos materiales, resulta imposible estimar el volumen de la producción. Si éste no fue el único *thynnoskopeion* de raigambre griega en la costa oriental española, sino que hubo otros cuya memoria no ha pervivido, entonces del hecho de que figurase bien registrado en la cartografía de los griegos cabría deducir que poseía especial relevancia, e incluso que sus productos gozaban de fama entre un sector de los consumidores. En última instancia, es preciso aprender ahora nuevas lecciones: las llamadas Ἰβηρικὰ τὰρίχη, que fueron alabadas por muchos autores y que gozaban de merecido prestigio en Grecia, alcanzando altos precios, se han considerado unánimemente como salazones y conservas remitidas desde el sur de la Península por fabricantes y exportadores semitas, pero en realidad formaron un conjunto de productos mucho más amplio de lo que suponemos, una parte de los cuales estuvo fabricado por los griegos y preparado ya en origen al gusto del consumidor griego<sup>70</sup>. Y aunque desde su

almacenaje y redistribución en algún punto intermedio del camino (Cartago, Sicilia, Tarento) saliesen todos ellos designados con esa especie de marca registrada (*Iberika*) que garantizaba un origen occidental (abarcando, probablemente, parte de África), los stocks estaban compuestos por un variado número de especialidades que se diferenciaban en sus ingredientes, precio y calidad.

¿Qué más puede decirse de Hemeroskopeion a los lectores abiertos? No demasiado, pero todavía algo. Que nadie espere hallar ninguna colonia focense o masaliota, ni espere ningún templo de la Ártemis Efesia. Esfuércense en prospectar cerca del castillo los restos de la factoría y las huellas que aún puedan subsistir de la práctica de las almadras. Mediten a fondo cómo toda la cultura de los griegos forma una unidad, cuyas claves de inteligencia reclaman el estudio de los diversos mares y rutas en donde convivieron con otros pueblos y gentes, y salgan del estrecho marco de la investigación localista, pobre en horizontes y ayuna de la lectura de otras fuentes escritas que no sean las que citan sus antecesores.

69 Vid. J. L. LÓPEZ CASTRO, *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana (206 a. C.-96 d. c.)*, Barcelona, 1995, pág. 142.

70 Existe un texto griego de época helenística que muestra cómo los miembros de cierta comunidad estaban obligados a recoger las bayas maduras del enebro para entregarlas como tributo (a veces 200 medimnos, a veces 60) a otra ciudad marítima, que sin duda precisaba de ellas para emplearlas como aromatizante y conservante (pescados, encurtidos). Me ocuparé de él con más detalle en futuros trabajos sobre la sal. ¿Quién podía imaginar que las bayas del humilde *juniperus*, tan abundante en la Península y en Baleares, interesaban económicamente a los griegos? ¿Las recolectarían los iberos, vista la demanda, y obtendrían por esa mercancía otros bienes de intercambio? Éstas son las cosas que se aprenden leyendo algo más que la literatura nacional o vecina (uno no es seguidor de ninguna escuela, y posee en cambio criterio propio).

